

Taurohumor

Conversaciones taurinas

Por **ENRIQUE GUARNER**

En esta ocasión, la empresa “Alfeñique” me envió a bordo de un satélite para que pudiera presenciar la séptima corrida de la temporada del toro, y así no viera los “ratones” que se suelen lidiar en nuestro coso máximo. Sin embargo, cuál sería mi sorpresa cuando percibo que el piloto de la nave es el conocido don Ralph Fechorías, quien comanda una tripulación internacional que incluye al astronauta francés Guillaume Sales Dormitoire y al joven italiano heráldico Memini Fideli, los cuales obedecen sin chistar cualquier orden del superior. Desde el interior del

vehículo espacial se percibe el gentío que ha acudido a la plaza porque durante el desarrollo de la “temporada de latón” se ha llenado constantemente el aforo.

Acertadamente, Fechorías interpreta que colocado a estas alturas no podré quejarme en relación con el tamaño de los bovinos, los cuales cuentan con el mismo desarrollo corporal que los toreros.

Apenas hemos iniciado el vuelo y don Ralph señala que la mayoría de los diestros mexicanos se han enfrentado con toros carentes del machismo que era de esperarse; es decir, mostraban mansedumbre y tenían costumbres sexuales que no eran las adecuadas.

Lógicamente, le contesté que los

bureles de lidia solían ser célibes y que esos animales son por naturaleza pacíficos, siguiendo un régimen estrictamente vegetariano. Solamente en el ruedo pelean por su vida, y algunos se dejan lidiar porque los toreros saben imponerse y realizan faenas artísticas.

Desafortunadamente, en México no hemos formado diestros que puedan competir con los españoles, que tienen mejor escuela y son profesionales. Además a los nuestros no los preparamos adecuadamente, al torear novillos en lugar de toros.

Fechorías no entendió lo que afirmaba y mejor decidió presentarme al famoso ganadero don Teodolito Gomo, quien es dueño de una importante dehesa y conocedor del toro de lidia. Físicamente se trata de un hombre obeso y fuerte, con rostro redondeado y cabello rojizo. Su defecto es su marcado fanatismo, que lo hace enfurecerse cuando se le contraría, por lo que mejor me dediqué a

escucharlo con atención, y dijo:

-Mire, doctorzuelo, usted se ha dedicado a tomar a broma nuestros "ratones", que son los mejores del mundo, y no lo vamos a tolerar más. El que los animales salgan al ruedo sin grandes cabezas o pitones, como los españoles, se debe a que aquí los criadores hemos adoptado el trapío que deberían guardar los bureles. Es decir, todos tenemos aspecto de "bulldog", palabra que significa "perro-toro", viéndonos arrogantes para mirar con desprecio a los críticos taurinos, los cuales aseguran que nuestros bovinos carecen de la edad requerida. Ustedes están equivocados al contar los rodetes en los cuernos, en lugar de calcularlos a lo largo de los rabos, que es donde se detectan los años que tienen.

Confundido por semejante afirmación, le señalé:

-Don Teodolito, no quisiera ofenderlo, pero los cronistas tenemos dudas, y con demasiada frecuencia descubrimos pobreza no sólo en las

cabezas y pitones, sino también en el desarrollo de los cuartos traseros y el descenso de los testículos hasta la bolsa del escroto.

Este último punto da lugar a la interrupción de Fechorías, quien señala:

-Lo que acaba de decir el doctor es fundamental, pero quiero añadir que desde que yo tenía un mes de edad ya estaban mis órganos genitales formados, por lo que pude llevar a cabo el sexo cuando cumplí un año. Con lo anterior queda demostrado que todos somos toros desde que nacemos.

Por lo demás, la parte formal de la corrida, constituida por los seis bureles que se anunciaron, resultó una vergüenza, y uno tras otro aparecieron por toriles animales sin trapío y con pobrísimas cabezas. El público los protestó sin cesar, pero don Teodolito Gomoso manifestó:

-Todo esto es absurdo, porque los toros traían su pasaporte al día con la fecha con el servicio militar. Ellos,

como don Raúl Salinas de Gortari, podían tener dos salvoconductos para poder viajar, y es ésa la razón por la que portaban dos hierros marcados. Todas las cuentas bancarias a sus nombres eran totalmente honestas, y como probaré más tarde, no se derivaron de soborno alguno.

Después de semejante desastre, saltó a la arena un burel bravo y noble que provenía de la ganadería de don Mercado Garfios de los Beatos, el cual embistió sin cesar al "Zotoloco", y Fechorías declaró que ahora ya teníamos un torero igual que Enrique Ponce o César Rincón. Lo único que le criticó fue el que adoptara una actitud religiosa, avanzando de rodillas para ejecutar pases por lo alto.

Al aterrizar y dirigirme a mi casa, recordé la cuarteta de Juan Ruiz de Alarcón:

Los toros los ha de ver
aquel que más se desvía
de fiestas, porque en tal día
no hay otra cosa que hacer.